MOTIVOS DE MEDITACION

Ante la Guerra y por Hispanoamérica una

Conferencia leída en el Teatro Municipal de Caracas
el 12 de octubre de 1918

A LA JUVENTUD ESTUDIOSA DE HISPANOAMERICA

HACE hoy tres años, desde este mismo sitio, me tocó hablar como orador de orden en la fiesta que, destinada a rememorar el Descubrimiento de América, se ha venido celebrando anualmente en casi todos los países de origen español bajo el nombre de Fiesta del Descubrimiento o Fiesta de la Raza[1]. Y esta vez los caballeros de la colonia española de Caracas, exagerando con una especie de ambliopía espiritual generosa, la minúscula importancia de aquel acto mío, han querido evocarlo y premiarlo con insólita y excesiva esplendidez, al hacerme el honor de llamarme a presidir la Junta Directiva de la Fiesta.

No hubo entonces de mi parte mérito alguno: atender al llamamiento, me pareció un deber imperativo de la sangre, y, como lo hallé de acuerdo con mi corazón y mis ideas, lo cumplí muy gustoso. Ahora, tanto los dignos caballeros de la colonia española como los distinguidos venezolanos que han cooperado con ellos al mejor éxito de esta anual conmemoración, han decidido que yo, a título de Presidente, inicie la velada o abra el acto, según la expresión de costumbre, con unas palabras mías. Y no me ha valido replicarles que eso es formalidad innecesaria e inútil, porque los actos no se abren, o se abren y se inician ellos por sí solos. Así, para abrir este acto no se necesita sino de vuestra presencia, y que uno a uno empiecen, cada cual con su significación y su ritmo y de acuerdo con los otros, a sucederse en la orquesta y en la escena los diversos números del programa. Tampoco me sirvió exponerles que esta velada tiene su orador y que, por tanto, mis palabras, de no fastidiar, holgarían, a menos que no las tomaseis vosotros como buena preparación de sibarita que, por medio de la abstinencia y del ayuno, se dispone a saborear mejor el manjar, o como paso de túnel necesario para luego vibrar con todo el ser a la súbita alegría de la luz, o como providente uniformidad monótona dispuesta a los primeros pasos del peregrino, a fin de que éste exulte y se repose más tarde con íntimo júbilo cordial ante lo que el paisaje guarda de animado y pintoresco.

Sólo así podrán hallar excusas mis palabras, considerándolas como una meditada preparación para que oigáis con más deleite y fruto al eximio orador de esta noche. Así, mientras mis palabras caerán sobre vosotros manteniéndoos al ras de la tierra y dejando aridez, tristeza y frío, en vuestros corazones, él, en alas de su verbo os levantará mejor a la cima del entusiasmo y pondrá a cantar en vuestros oídos un buen caudal de belleza y de música.

MANUEL DÍAZ-RODRÍGUEZ

Además, la amable imposición de que soy víctima quebrantaba mi ya arraigado intento de no incurrir más en veleidades oratorias. Como otras muchas cosas en la vida, casi nunca fuí orador sino ocasionalmente y por fuerza. Nunca sentí el ímpetu irresistible de la vocación, ni me halagó tampoco la gloria del tribuno, que es gloria fácil precisamente por lo que tiene de común con la fácil gloria del actor cómico en la escena y del histrión en el circo. Y juzgo innecesario pedirle perdón por estas mismas palabras al viejo y grande amigo que será nuestro orador de esta noche, porque él, como hombre avezado a la tribuna, está como yo en el secreto. De modo, pues, que no esperéis, o mejor dicho, no temáis de mis labios un discurso.

De otra parte, mi actitud espiritual y el mismo triste espectáculo del mundo se prestan menos al ditirambo sonoro, a la grandilocuencia altisonante, al furor dionisiaco del verbo y del estilo, que a la meditación recogida, desapasionada y serena. Por eso quiero limitarme a proponeros o más bien a sugeriros algunos motivos de meditación que ojalá encuentren eco de simpatía en vuestras almas. Y al sugerir o enunciar esos motivos o temas de meditación, sólo aspiro a decir, con llana y tal vez cruda sinceridad, mis modos de ver: de ningún modo pretendo asumir ante vosotros, porque no me cuadran, actitudes de filósofo o maestro. Aunque alguna vez mozos ingenuos y amigos generosos me llamaron maestro, jamás en mi conciencia cupo el frívolo movimiento de aceptar tan alto don, que sólo puede aplicarse y conviene, en vez de prodigársele como se acostumbra, a las verdaderas cumbres humanas del espíritu.

Pero aun en el caso de que yo, en mi interior, y en un rapto de ridícula vanidad, me consagrase maestro a mí propio, tampoco asumiría tan solemne actitud ante un público venezolano. El venezolano, y para el caso lo mismo pudiera decirse el español, se subleva ante la sola sospecha de estar cerca o delante de una superioridad, y así acata, admira y saluda al maestro de la casa ajena, pero no se aviene a reconocer jamás al que tiene en la suya. Bien pudieran Goethes y Leonardos vivir al pie del Avila, que nosotros no los advertiríamos entre tanto no los perdiéramos para siempre. Allí está el ejemplo clarísimo de un Bello, a quien empezamos a encontrar sabio e ilustre cuando se decidió a dejar la tierra nativa para servir de maestro, no a un grupo mezquino de sus conciudadanos, sino a grandes pueblos y naciones. En cambio, nos holgamos de apellidar maestros y de reverenciarlos como a tales, por el solo hecho de estar y de escribir lejos de nosotros, ya sea en Francia, o en la Península, o en las Repúblicas Americanas del Norte y del Sur, a cualquiera majagranzas literario o a un mero copista y divulgador de los libros de ciencia europeos. Y no hace mucho entre nosotros alguien cometió la insigne herejía, o la

(1) Véase este discurso en el *Convivio* titulado: MANUEL DIAZ RODRIGUEZ: *Cuatro sermones líricos.*

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional; Costa Rica "